

bían circulado ya, y acababan de aumentarse allí sobre la cachetina de la noche anterior, hicieron al punto creer á aquellos murmuradores que iban á ser testigos de alguna escena desagradable.

Y así fué, en efecto. El vizconde, apenas entró el último de los que le acompañaban, cerró la vidriera de la calle, y, reclamando la atención de los circunstantes, les recordó su manera de proceder allí mismo el día anterior; juró que sólo un impulso de necia vanidad y de injustificable despecho le había obligado á escribir unas palabras y á pronunciar otras que había lastimado el honor de una señora, que no nombró por respeto á la misma, y porque todos los allí presentes sabían de quién se trataba. En seguida refirió la verdadera causa de todo, exigiendo como un deber de los que le escuchaban, que repitiesen aquella retractación para restablecer la verdad, donde quiera que la viesan alterada con daño de la honra de la persona calumniada por él.

Carlos, al oír hablar al vizconde, podía contener mal sus iras, porque no tenía noticia de que también allí hubiera andado su honra por los suelos; pero en buena justicia no debía exigir más á aquel hombre después de lo que con él había hecho en su casa. Molestábale mucho también el estar presenciando semejante escena, por si había delante una sola persona que

pusiese en duda la sinceridad de aquellas explicaciones, caso en el cual era su papel bien poco simpático; mas ¿cómo salvar tantos inconvenientes sin desatender el asunto principal? Hervíale la sangre con éstas y otras consideraciones, é iba á poner término breve á la escena, cuando paró á la puerta un carruaje, del cual descendieron Isabel, pálida y ojerosa, y Ramón, con gesto avinagrado. Detúvose un instante la primera, atemorizada con la presencia de tanta gente, y tal vez hubiera retrocedido sin realizar su plan, á no haberse fijado en su marido y en el vizconde. Diéronle ánimos la idea del amparo del primero y la indignación que de nuevo la hizo sentir la vista del segundo, y entró con aire resuelto.

—¡Tú aquí, Isabel!—la dijo Carlos admirado, saliendo á su encuentro.

—Sí—respondió Isabel de modo que se la oyera.—Venía á pagar un aderezo que ayer me enviaron de aquí por conducto de nuestro buen amigo el vizconde, que quiso cedérmele, pues era ya suyo, y sólo con su orden podía adquirirle yo... Circunstancia que, por cierto, ha sabido explotar bien en beneficio de su vanidad ese... miserable.

Los ojos de Isabel se arrasaron en lágrimas al pronunciar esta palabra con voz trémula, dirigiéndose al autor de su desdicha.

—Señora—le dijo entonces el vizconde adelantándose respetuosamente.—Por duro que sea el martirio á que ha sometido á usted una fatal ligereza mía, puedo asegurar que es infinitamente mayor la tortura que á mí me cuesta... y la que habrá de costarme en la situación á que voluntariamente me condeno.

Iba á replicar Isabel, pero Carlos se adelantó.

—No más—dijo con voz cariñosa, pero solemne;—mi presencia aquí y la de algunas otras personas, como estos dos señores, á quienes ya conoce Ramón, debe probaros que este asunto está ya juzgado y *castigado* en forma. Asunto en extremo delicado, puesto que se relaciona contigo, no debe tocarse más en sus detalles, ni aun para tributársete el respeto á que eres acreedora. En ellos se ocupará el señor vizconde con el afán que ha mostrado aquí al dar el primer paso en el camino de las reparaciones, que son hoy el mayor peso que tiene sobre su conciencia; y no dudes que así lo hará, pues sabe, por dolorosa experiencia, cuánto le va en ello.

Y esto dicho, Carlos dió el brazo á Isabel, y salieron los dos á la calle, seguidos de Ramón.

XIV.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaban los tres reunidos en casa. Isabel lloraba, Carlos recorría la estancia y Ramón meditaba.

—¡Carlos! ¡Carlos!—exclamó al fin aquella, arrojándose en los brazos de su marido.—¡Hay huellas que no se borran jamás!

—Sí, Isabel; y ese es el puñal que no puedo arrancar de mi corazón.

—¡Mal podrás, en ese caso, perdonarme nunca!

—Á tí, sí; á mí es á quien no perdonaré jamás, pues soy la causa de todo.

—¡Tú!

—Yo, sí; yo, que no supe mostrarte con tiempo el peligro que corrías, pues en ese terreno, como en ningún otro, debe hacerse comprender á la mujer que *no le basta ser honrada*, sino que, como la del César, *necesita parecerlo*.

—¡Oh! no volveré á ese mundo en que con tanta facilidad se mancha el honor más limpio con las apariencias del deshonor.

—Al contrario, Isabel: ahora soy yo quien te manda volver á él, pero por poco tiempo. Retirarte después de lo ocurrido, sería tanto como declararte vencida por esos miserables. Es preciso, pues, que te vuelvas á presentar delante

de todos ellos, y con la frente muy alta. Después...

—Después, yo le pediré á tu hermano un rincón en su casa...

—Mucho salto es ese—dijo Ramón sonriendo:—de lo más alto de la corte al más bajo de los cortijos.

—Con algo menos habrá bastante, Isabel—repuso Carlos.—Bueno es que conozcas el humilde y honrado techo bajo el cual ví la luz primera, y ¡ojalá que nunca de él te quieras alejar después! Pero entre ese extremo y el único que hoy conoces, hay un medio, en Madrid mismo, en cualquiera parte, lleno de encantos y de paz.

—Y ¿cuál es ese, Carlos?

—El hogar doméstico; sus mil detalles, que no conoces todavía, al calor de los cuales, y no de otro modo, se forman y viven las dos grandes figuras de la humanidad: la esposa y la madre.

—¡Oh, yo trataré de conocerlos y de amarlos!

—Pues bien, cuando los conozcas y los ames, yo seré el primero que te ponga á las puertas del gran mundo, y te diga:—«Entra, si te atreves.»



OROS SON TRIUNFOS.

I.

IMAGÍNESE el pío lector que la vulgarísima historia que voy á referirle se remonta á los tiempos de Maricastaña, y elija para teatro de los sucesos la capital que más le agrade de las nuestras de segundo orden, con tal de que sea de las más empingotadas en la estadística de los subsidios industriales, y no forme con las últimas en el catálogo de las que más nutren y alimentan el caudaloso mar de las rentas de aduanas; señal infalible de que el vértigo de la ganancia es su vida, y el alma del negocio el negocio de su alma; de que por letras se entiende allí las de cambio; por artes los de cocina; por ciencias la aritmética mercantil, y por «trabajo honroso» puray exclusivamente el que se emplea, de sol á sol, en sacar el jugo á la *matrícula*, esa ejecutoria de los pueblos ricos, ora en el sucio